

Nikola Pašić
León Trotsky
14 y 17 de diciembre de 1912

(Versión al castellano desde "Nikola Pašić", en L. Trotsky, *Les guerres balkaniques. 1912-1913*, Éditions science marxiste, París, 2002, páginas 118-125. Publicado en *Kievskaja Mysl'*, número 346, número 349 los días 14 y 17 de diciembre de 1912)

I

- ¿Tendrá lugar la guerra contra Austria?

- Nadie lo sabe. Pregúntele a Nikola Pašić. Él lo sabe. Si lo considera oportuno, Pašić actuará de tal manera que habrá guerra, si no, no habrá guerra.

Pašić piensa por todos. Pašić sabe lo que hay que hacer. ¡Bajo su liderazgo, Serbia no se perderá!

En Sofía, sentados en cafés, los más informados dicen:

- ¡No, Fernando no dejará Salónica a los griegos, eso es una obviedad! Mientras que, en Belgrado, las conversaciones políticas giran en torno a Pašić. El rey Pedro sólo viene a la mente de la gente en casos excepcionales o por razones totalmente secundarias, como, por ejemplo, cuando los austriacos, desde Semlin, apuntan sus reflectores hacia el palacio real. Pašić, en cambio, está en la mente y en boca de todos.

¿A qué debe la popularidad y la autoridad de que goza? No es un orador, ni un periodista, ni un luchador, ni siquiera un hombre brillante o con talento. En general, no destaca por nada en particular. Está rodeado de hombres de la talla de Stojan Protić y Lazar Paču, el periodista y el orador, luchadores del viejo partido radical; y sin embargo nadie dice:

- Ve y pregunta a Protić o a Paču.

Todos dicen:

Pregúntale a Pašić, dicen los maliciosos, de todas formas, añaden, no te dirá nada.

Pašić no es un orador, como ya he señalado. De hecho, sería más exacto decir que es totalmente incapaz de hablar. Para facilitar la conversación, traduje del ruso al alemán y del alemán al ruso. Me habían dicho que Pašić sabía los dos idiomas, pero la entrevista fue difícil. Cuando lo comenté con amigos de Belgrado, me dijeron:

- No nos sorprende. Es más, tampoco habla muy bien serbio.

- ¿Cómo es posible? ¿no es serbio?

- Nació en Serbia, pero eso no le impide hablar serbio muy mal y con mucha dificultad.

- Eso no es del todo cierto, replicó una de las personas con las que hablé. Cuando quiere, Pašić habla correctamente. Simplemente ha elegido expresarse así para poder pensar profundamente la respuesta a cada pregunta. Parece buscar fórmulas evasivas, pero, en realidad, Pašić está pensando en la respuesta menos comprometida y cuestionable posible.

- No estoy de acuerdo con esta versión, objetó el primer interlocutor.

Como de costumbre, hay dos opiniones sobre este tema, como sobre todo lo que concierne a Pašić. Unos dicen que el padre eterno no le concedió el don de expresarse clara y abiertamente; otros insisten en que eso no es cierto, afirmando que se trata más bien de una táctica sutil.

Así que, en general, las opiniones sobre Pašić están bastante divididas. Algunos dicen que es sabio y previsor; otros sostienen que es una persona por debajo de la media, carente de todo genio, y se preguntan por qué misterio una persona tan embrollada puede ser tan influyente.

La autoridad, o más bien el poder absoluto, de esta mente *confusa* es un hecho indiscutible. Pašić decreta elecciones, nombra y destituye ministros, concluye acuerdos internacionales, hace y deshace lazos.

Nacido en 1845 en Zaječar, al este de Serbia, Pašić acaba de cumplir sesenta y siete años. Fue en Zaječar, en 1883, donde tuvo lugar la revuelta campesina contra el intento del príncipe Milan de desarmar al pueblo, y que pasó a la historia como la *revuelta de Zaječar*. Pašić había sido elegido miembro de la *Skupština* por primera vez en 1878 y, en el momento de la revuelta, ya era un conocido representante del partido radical, que había librado una encarnizada batalla contra el príncipe Milan. Los dos partidos no se anduvieron con rodeos a la hora de elegir sus armas, aunque utilizaron arsenales diferentes. Milan aplicó medidas muy represivas, mientras que los radicales hicieron gala de la demagogia más escandalosa.

- Estás cultivando la tierra inútilmente, hermano mío, decían los agitadores radicales mientras iban de un campo a otro, el príncipe Milan jugó anoche en Viena a las cartas con tus tierras. El campesino abandonaba entonces su arado, maldiciendo a Milan. La revuelta de Zaječar fue sofocada con ferocidad asiática. Pašić huyó cautelosamente a Bulgaria, vía Hungría, y fue condenado a muerte en rebeldía. Esto no le impidió vivir hasta una edad muy avanzada.

Sediento de poder, cruel, malhumorado y acusado con razón por los radicales de traicionar los intereses del país a favor de los Habsburgo, el príncipe Milan acabó sumido en una situación cada vez más incierta. Los radicales sabían cómo provocar el odio contra él. Decían a los campesinos que “el borracho”, “el habitual de las timbas” vendía tierras serbias a los “suabos”¹ para darse un festín y jugar. Para rectificar la situación, Milan puso en marcha la honorable estratagema del Enrique IV de Shakespeare:

*Be it thy course to busy giddy minds
With foreing quarrels, that action, hence borne out,
May waste the memory of the former days²*

Sin embargo, la guerra serbo-búlgara fomentada por Milan acabó en derrota. Milan perdió entonces la cabeza por completo; intentó huir del país, pero se lo impidieron los propios ministros que había dedicado al papel de lacayos al servicio de su tiranía. El ministro de transportes bloqueó el tráfico ferroviario en todo el país durante muchos días. Obligado a permanecer en Serbia, Milan resistió y permaneció en el poder otros dos años, durante los cuales estuvo en constante conflicto con el partido radical, dirigido por Pašić. En 1887, se vio obligado a capitular y abdicar a favor de su hijo Alejandro. Los radicales llegaron al poder. Pašić, condenado a muerte en 1883, se convirtió en el primer presidente de la *Skupština* y luego en primer ministro. Alejandro, que había heredado la extravagancia, la crueldad y el carácter supersticioso de su padre, pero no su talento, dio su primer “*coup d’État*”³ en 1893 y de acuerdo con los radicales, para liberarse de la tutela de la regencia, manipulada por la camarilla militar reaccionaria. Fue durante este periodo cuando Pašić fue enviado como embajador a San Petersburgo. Sin embargo, Milan regresó del extranjero al cabo de un año. Alejandro dio entonces un segundo golpe, esta vez contra los radicales, y estableció un régimen de tiranía desenfrenada (similar al de su padre) que duró cinco años. El partido de Pašić se preparó para la enésima cruzada.

Durante la segunda mitad de la restauración, un misterioso atentado en Milán desempeñó un papel importante en el destino político de Pašić. Alejandro endosó a los radicales la responsabilidad del mismo. Por otra parte, los radicales sostuvieron que fue Alejandro quien había planeado el asesinato, con el fin de deshacerse no sólo de su padre, sino también de los radicales, mediante medidas de represalia. Si aceptamos que esta última hipótesis es correcta, tenemos que admitir que sólo la segunda parte del plan tuvo éxito: Milan escapó mientras que los radicales fueron víctimas de graves represalias. La acción se ejecutó a la perfección, hasta el punto de que ninguno de los dirigentes radicales logró escapar. Hasta el último de ellos fue internado en las cárceles de Milan, su enemigo jurado. Las penas de muerte se habrían ejecutado de no ser por la irónica intervención de la diplomacia rusa, ansiosa por defender a los radicales, orgullosos opositores de la política austrófila de Milán. Como resultado, los líderes de los radicales no fueron

ejecutados, sino condenados a largos años de trabajos forzados. Stojan Protić, actual ministro del interior, pasó dos años detenido en condiciones espantosas, dentro de una celda con el suelo de cemento, encadenado con ropa de presidiario y con la letra R (*robias*, prisionero) impresa en la espalda. El obispo Kosta Djurić, actual presidente de los viejos radicales de la *Skupština* y uno de los fundadores del partido, influyente agitador y demagogo, también fue condenado a trabajos forzados, habiendo sido relevado de sus funciones sacerdotales y privado de su barba sacerdotal. Sólo Nikola Pašić, condenado a cinco años de galeras, fue inmediatamente absuelto.

La razón de este trato preferente sigue siendo desconocida a día de hoy. Sin embargo, la popularidad de Pašić cayó en picado, cierto que sólo durante un tiempo, pero de una manera que parecía irremediable. Se le acusó de apostasía e incluso de traición. El pueblo recordaba su oportuna huida en el momento de la revuelta de Zaječar. La acusación de traición seguía sin probarse, pero el comportamiento cauto y ambiguo de Pašić en el juicio fue advertido por todos. Contrariamente a la valiente declaración del indomable Protić, Pašić planteó con cautela la posibilidad de un compromiso entre el partido radical y la familia Obrenović. Los amigos de Pašić, en primer lugar, Protić, se apresuraron a señalar que la amnistía era un expediente hábilmente urdido por Milan para crear distancias entre el partido radical y Pašić, el enemigo de siempre, desacreditar a este último y hacerlo políticamente inofensivo. Este último objetivo se logró, al menos durante cierto tiempo. La hostilidad hacia Pašić creció, incluso dentro del propio partido. El ala de los jóvenes radicales se distanció y se declaró hostil a la política de compromiso del partido y al que fue su malvado autor. Pašić no desempeñó ningún papel político durante tres o cuatro años.

En 1901, Alejandro se casó con Draga y, expulsando a Milan de Serbia, ordenó a los guardias fronterizos que fusilaran al antiguo rey si intentaba regresar a su patria. Finalmente, en abril de 1903, tras nuevos golpes de estado, manifestaciones políticas y represión, una conspiración de oficiales, organizada y llevada a cabo con el pleno acuerdo del partido radical, trazó una línea sangrienta sobre la historia de la dinastía Obrenović.

Alejandro y Draga fueron asesinados y las elecciones se anunciaron en 1903; pero la aversión hacia Pašić, un apóstata, era tan profunda como siempre, hasta tal punto que ningún colegio electoral aceptó incluir su nombre en la lista de candidatos, a pesar de que sus grandes amigos, Protić, Paču y Djurić habían permanecido siéndole leales: el día en que fue liberado, Protić paseaba ostentosamente del brazo de Pašić por las calles de Belgrado. Pašić, por su parte, no se desanimó. Recorrió todos los colegios electorales, soportó humillaciones sin inmutarse, y finalmente consiguió convencer a un viejo radical, Stanko Petrović, una figura campesina muy influyente y popular, para que lo incluyera en su lista, dándole así la oportunidad de volver a ser elegido diputado. Tres años después, Nikola Pašić era el amo absoluto de Serbia y su nombre encabezaba todas las listas, por delante de los de otros diputados e incluso ministros.

II

En nuestros artículos sobre “El enigma de la democracia búlgara”⁴, intentamos destacar y explicar cómo, bajo la apariencia de democracia, reinaba en Bulgaria un absolutismo más o menos *ilustrado*, encarnado por el rey Fernando. Por un lado, la escasa diferenciación social y el primitivo desarrollo político del pueblo y, por otro, la total dependencia de la política interior con respecto a la exterior, la necesidad de maniobrar constantemente para eludir las apetencias de las grandes potencias y la imposibilidad de implicar a las masas en esta política, están en el origen del absolutismo ilustrado búlgaro, aunque complicado por las formas de democracia política que adopta.

Estas consideraciones pueden aplicarse también en gran medida a Serbia. También aquí la política es *centrípeta*. Sin embargo, pronto queda claro que, cualesquiera que sean sus cualidades personales, el centro de la política serbia no puede ser el rey Pedro. La

lucha de un siglo entre las dos dinastías, las constantes conspiraciones e intrigas, el vergonzoso reinado de Alejandro Karageorgević (padre del rey Pedro) y la no menos vergonzosa época de los dos Obrenović (Milan y Alejandro), los escándalos de la corte que, en un país pequeño como Serbia, tienen lugar ante los ojos de toda la población, han minado hasta la médula los sentimientos monárquicos.

El rey Pedro fue llevado al trono por el partido que había luchado contra la familia Obrenović durante una década sin descanso, y en el transcurso de esa lucha había obtenido el sufragio del pueblo. Obviamente, el papel de líder político no podía atribuirse a este hombre conformista de Suiza, doblegado bajo el peso de los años, las responsabilidades familiares y las deudas, sino al partido que lo había coronado. Y no es menos evidente que el carácter centrípeto de la política de la pequeña potencia balcánica, con sus maniobras secretas y sus fuertes presiones entre bastidores, confería un poder político casi ilimitado a quien estuviera a la cabeza del antiguo partido radical.

Pero, ¿por qué Pašić?

A los entusiastas que alaban la sabiduría y clarividencia de Pašić les resulta muy difícil citar un solo ejemplo de esa sabiduría y clarividencia. Por otra parte, dado que el paso del tiempo no ha debilitado sino, por el contrario, reforzado su autoridad, este viejo político debe poseer una intuición y una aptitud extraordinarias para seguir el camino correcto.

Quienes le niegan estos notables dones tienen razón, pero sólo si consideran únicamente sus cualidades activas. La creatividad es totalmente ajena al demiurgo político serbio. No ha sido capaz de producir ni una sola idea, ni un solo plan, ni una sola fórmula política. Carece de iniciativa. De hecho, se resiste orgánicamente a cualquier tipo de iniciativa. Desde luego, no es un luchador. Cuando se ve envuelto en una lucha, se aferra al principio del compromiso. Completamente desprovisto de iniciativa, creatividad y temperamento de luchador, ha dejado y seguirá dejando en la historia de Serbia una huella idéntica a la del tenaz temporalizador, el optimista Cunctator. Esta es su gran fuerza, aunque sea puramente pasiva.

El activismo y el temperamento luchador pueden llevar a un hombre a las cumbres de la política, donde la propia sociedad pone en primer plano el espíritu de iniciativa. Pero en un país como Serbia, donde el desarrollo social avanza muy lentamente y por cauces muy estrechos, donde los acontecimientos políticos, por muy vistosos e incluso dramáticos que sean, apenas mueven las cosas, sólo las tocan, la capacidad creativa se desvanece en fútiles discusiones sobre todo y sobre lo contrario de todo. Lo mismo ocurre con la política exterior. Durante décadas, la política exterior de Serbia ha discurrido en zigzag, haciendo inútil cualquier esfuerzo y decepcionante cualquier esperanza. Bajo estas condiciones, de estancamiento en el interior y frustración en el exterior, las individualidades políticas se queman rápidamente y las reputaciones se pierden pronto.

Las desgracias de Serbia no se deben a la falta de ideas, sino a la falta de fuerza. Un político que tiene un proyecto en mente está destinado al fracaso cuando los hechos demuestran que el país no está en condiciones de realizar ese proyecto. Pašić siempre ha sido, y sigue siendo, un político sin planes, un escéptico realista y un procrastinador tenaz, tan astuto como un campesino. La lógica del desarrollo político, o más bien su estancamiento, jugó a su favor. Ha vencido a sus adversarios políticos, uno tras otro, no luchando abiertamente (no tiene propensión a ello), sino por su perseverancia pasiva. Los hombres de iniciativa, que él mismo había colocado en primera línea, defraudaron rápidamente las esperanzas que habían suscitado y tuvieron que resignarse a un papel secundario. Sin embargo, si alguno de sus proyectos resultaba viable, pasaba inmediatamente a ser propiedad exclusiva de Pašić. Se convirtió en una especie de coleccionista de políticas. De lo que es factible, se da cuenta él mismo, después de dar tiempo al más pugnaz defensor del proyecto para que se rompa los dientes. Así combatió tanto a sus rivales dentro del partido como a los del bando contrario.

Durante los desesperados días de la crisis de la anexión, formó un gabinete de coalición y puso a su cabeza a la figura más prestigiosa y decorativa entre los *naprednjaci*: Stojan Novaković. Cuando se dio cuenta de que las negociaciones de “paz” en Londres defraudarían las expectativas de Serbia, confió la dirección de la delegación serbia al mismo Novaković. No teme promover a sus oponentes a la primera línea, pero tampoco teme, cuando considera que es el momento adecuado, despedirlos con una buena patada en el trasero. El pasado agosto, cuando la Liga Balcánica se había convertido en una realidad con serias posibilidades de éxito, Pašić decidió que había llegado el momento de asumir la jefatura del gobierno. Marko Trifković, que había sido nombrado primer ministro cuando la situación era aún incierta, se negó a abandonar su puesto en el momento del triunfo. En consecuencia, Pašić obligó a *Samoprava* (Autogobierno), el periódico del partido gobernante (y, por tanto, órgano semioficial de Trifković), a publicar una nota en la que anunciaba que el primer ministro había presentado su dimisión y que ésta había sido aceptada. Al descubrir la nota, Trifković se quedó estupefacto, pero acabó comprendiendo y presentó su dimisión. Fue aceptada en el acto y Pašić pudo retomar las riendas del poder.

La autoridad de Pašić está en su apogeo. Sobre su perspicacia y habilidad circulan las más diversas leyendas. La hostilidad de sus enemigos más acérrimos, incluidos los jóvenes radicales, ha ido remitiendo poco a poco. Ha logrado imponerse y obligado a todos a aceptar la idea de que es indispensable. Ha forjado vínculos indisolubles con el viejo partido radical, cuya memoria histórica encarna. Conoce mejor que nadie los recursos humanos de su partido, lo que le ha convertido en un auténtico cazatalentos. También sabe manipular a sus adversarios, halagando sus aspiraciones personales, reconciliándose con ellos y consiguiendo que trabajen a su lado.

Esta política de compromiso y negociación, esta incansable actitud de dilación, que puede resumirse en el aforismo “dale tiempo al tiempo”, marcó toda una época del desarrollo serbio, una época de debilidad, intrigas y humillación. La guerra de los Balcanes puso fin a esa era y dio comienzo a una nueva. La guerra sólo podía librarse mediante una federación de estados balcánicos, aunque sólo durara lo que duraran las hostilidades. El resultado de la guerra dejó claro a todos los pueblos balcánicos, y sobre todo a los serbios, que su oportunidad de sobrevivir residía en una federación económica y política duradera. Hoy, Pašić despliega todo su arte en las negociaciones con Austria y en apaciguar a los exaltados dentro del país, un arte cuyos resultados veremos en los próximos días. Sin embargo, incluso el mayor éxito en estos dos frentes tendrá un impacto temporal y limitado. Sólo la lucha por una federación democrática de los Balcanes tiene probabilidades de alcanzar un gran éxito.

El pasado de Pašić demuestra que esta tarea, que requiere iniciativa, visión y audacia creativa, está fuera de su alcance. Se necesitan hombres nuevos con una psicología y un temperamento político diferentes.

Edicions Internacionals Sedov

Serie: Trotsky inédito en internet y en castellano



germinal_1917@yahoo.es

¹ Denominación antigua de los suevos. Alemanes por extensión. NE.

² Toma por regla ocupar a las mentes confusas / con guerras en el extranjero / que la acción ejecutada lejos de aquí / borra el recuerdo de los días pasados... NE.

³ En francés en el original. Golpe de estado. NE.

⁴ De próxima edición en esta misma serie de nuestras EIS.